

El ascenso de China y el desafío ambiental global

Fernando Guerra Rincón

Hacia la época imperial (221-206 a. C.), China era la nación más culta y civilizada de la tierra. En el siglo XI, durante la dinastía Song (960-1207), aparecieron libros en China y ya eran usuales las grandes bibliotecas. Prodigiosos innovadores, los chinos produjeron inventos, la mayoría de los cuales cambiaron el curso de la civilización mundial: el papel moneda, la brújula, la pólvora, la porcelana, el uso de los abonos, la rotación de cultivos. En las últimas décadas del siglo XI, China producía más hierro que Inglaterra siete siglos después, y utilizaba cañones a finales del siglo XIV. Los barcos chinos eran tan grandes y poderosos como las embarcaciones españolas de la época del descubrimiento de América. Pero el “gigante asiático” se retiró *motu proprio* del comercio internacional y de la ruta del progreso, influenciado por el conservadurismo de la burocracia confuciana.

Lo que nos muestra hoy la realidad es que China, simplemente, está volviendo al lugar preeminente que ocupó en la escena mundial. Ya es la segunda economía del mundo, y para



©Catalina Montoya

una fecha entre el 2020 y el 2025 será la primera, desplazando a Estados Unidos, cuyas enormes dificultades, lo han inducido a un ciclo descendente en los asuntos mundiales¹. La transformación de China ha sido impresionante. De la China pobre y aislada de Mao, de 1949, a la de Hu Jintao, el actual Secretario General del Partido Comunista Chino y comandante en jefe de sus fuerzas

¹ Khana, Parag, *El segundo mundo. Imperios e influencia en el nuevo orden mundial*, Barcelona, Paidós, 2008, pp. 412-437.

armadas, hay un abismo formidable: las que sólo unos años atrás eran aldeas, ahora son ciudades, y las ciudades ya son metrópolis. China tiene hoy cien ciudades de tamaño medio con más de un millón de habitantes, superando por mucho a Estados Unidos que cuenta con diez. De la noche a la mañana surgen nuevas fábricas, refinerías, centrales eléctricas, autopistas, puentes, presas, puertos, aeropuertos, vías férreas, centros comerciales, escuelas, hospitales, hoteles, estadios, urbanizaciones y edificios oficiales. China está reduciendo la pobreza rural y está conectando los pueblos remotos con 80.000 kilómetros de nuevas carreteras, así como con la súper autopista de la información del que ya es el segundo mercado del mundo, con tendencia a crecer. Shanghái es el tercer puerto marítimo del orbe, después de Singapur y Hong Kong, también de China; en transporte aéreo, China es el segundo mercado mundial².

El ascenso de China no sólo transformará al propio país, sino que además reconfigurará al mundo en su conjunto. Para alimentar ese frenesí de crecimiento y desarrollo, la gran nación asiática depende de un aluvión colosal de materias primas y de una distribución masiva de energía para construcción, funcionamiento y mantenimiento. China tiene el crecimiento de demanda más alto entre todas las principales economías, seguido de

India y es ya el primer consumidor mundial de energía, lo que le permitirá afianzar su papel dominante en el escenario internacional y marcará el rumbo del futuro global. De hecho, según estimaciones, el país consumirá en 2020, 5.9 millones de barriles diarios de petróleo.

China es el mayor emisor mundial de dióxido de carbono y de otros gases efecto invernadero y no renunciará, en su viaje al primer lugar de la economía mundial, al uso intensivo del carbón y a la ampliación de los beneficios del desarrollo a los setecientos millones de chinos que aún viven en la pobreza. Actualmente, los chinos están trabajando en la producción de carbón limpio³, lo que en opinión de Michel Klaire redundará en que “las mejoras técnicas en ese ámbito podrían poner al país oriental en la vanguardia de una auténtica revolución tecnológica, del mismo modo que la primacía en tecnología petrolera de los Estados Unidos los catapultó al frente de las potencias mundiales en el siglo xx”⁴.

China está empeñada en lograr, hacia el 2015, un país más verde, más social, más igualitario y más urbano, en un esfuerzo por disminuir la intensidad del crecimiento y, por ende, una clara reducción del consumo de energía y de

² Tamamés, Ramón, *El siglo de China. De Mao a primera potencia mundial*, Barcelona, Planeta, 2008, pp. 311-366.

³ Fallows, James, “Carbón sucio futuro limpio”, *El Malpensante*, Bogotá, N.º 117, marzo de 2011, pp. 30-47.

⁴ Michael Klare, “China: la superpotencia energética del siglo xxi”, en: www.sinpermiso.info/articulos/textos/index.php.id.3597, consultada septiembre 26 de 2010.

materias primas. La República Popular le va a apostar al desarrollo de su economía interna (desarrollo endógeno), con salarios reales más altos. De esta forma, reducirá su dependencia de Estados Unidos y se protegerá de las turbulencias de la economía internacional globalizada. Así se desprende del XII Plan Quinquenal aprobado este año por la Asamblea Popular Nacional de China que, por primera vez, contiene un capítulo sobre cambio climático. La República Popular China quiere insistir en la producción de energías limpias y la reducción de las emisiones contaminantes en un 40 y 45 por ciento, en proporción a sus resultados económicos en el 2020. Un tercio de sus impuestos se destinará a invertir en energías renovables. Las empresas chinas estarán obligadas por ley a proveer su consumo eléctrico de fuentes alternativas de energía, lo que conducirá a China a generar la misma cantidad de electricidad eólica y solar que tienen los Estados Unidos.

Para algunos ambientalistas, la rápida urbanización en China y su aumento en el consumo per cápita empujan al mundo hacia una catástrofe ambiental global. Esta afirmación está en el centro de un debate geopolítico en torno del medio ambiente y del derecho al desarrollo de las naciones pobres y atrasadas. Como lo señala Shannon May: “No hay política ambiental que al mismo tiempo no sea una política económica. Cualquier política medioambiental que no lo admita

pone en peligro a las poblaciones, inclusive cuando busca salvar a la Tierra. Si se trata de alterar el uso de los recursos naturales para la subsistencia, entonces es preciso diseñar otros medios para que las familias no sólo subsistan, sino que al mismo tiempo crezcan. De otro modo, los programas para salvar al planeta del peligro de la industrialización lo harán a costa de las espaldas deshechas de los campesinos pobres del mundo entero”⁵.

En consecuencia, si la equidad es tenida en cuenta en los debates sobre sustentabilidad, entonces el derecho de los pobres y marginados del planeta no tiene que ser visto como una amenaza al ecosistema. El dilema ético político, que se presenta como un consumo devastador de energía, tiene que ver con los esfuerzos que tiene que hacer la sociedad mundial para lograr una mayor equidad en la distribución de recursos, sin privación para ninguna de las naciones del planeta.

Fernando Guerra Rincón, economista y magíster en estudios políticos y económicos, es profesor del pregrado de Ciencia Política de la Universidad de Antioquia y codirector del Centro de Estudios Nueva Gaceta. Ha sido columnista de *El Universal* de Cartagena y es autor de los libros *Mercado y desintegración social*, *La refinería de Cartagena: pasado, presente y futuro industrial* y *La geopolítica del petróleo y el cambio climático*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Mater*.

⁵ May, Shannon, “Crisis ecológica y eco-aldeas y eco-ciudades en China”, en: www.sinpermiso.info/articulos/textos/index.php.id.3597.